

se aviva, comparando los esfuerzos apostólicos del catolicismo en estas dos fechas: 1800 y 1900.

En el Indostán, desde que los misioneros empezaron á ganar la casta directora, la de los Brahamas, el progreso fué asombroso; 470,000 católicos en 1800, se elevaron á 2.140,000 en 1900. En el mismo período el aumento se verificó en todas partes de la siguiente manera. En Indochina, de 313,000 á 813,000. En Australia y Nueva Zelanda de ninguno, á un millón. En ciertas islas de Oceanía, de ninguno á 100,000. En el Japón, que llegó á contar dos millones de católicos, antes de las grandes persecuciones, de ninguno á 50,000, advirtiéndose que ese progreso se ha pronunciado de 1879 á la fecha, pues entonces sólo había 4,000. En China, de 187,000 á 1.730,000. En Argelia y Túnez, de 7,000 en 1830 á 500,000, y en Egipto, desde esa misma fecha, de 7,000 también á 100,000. En el Africa del Sur se cuentan actualmente 40,000 católicos, y es de notar que el continente negro, enteramente musulmán, está sometido ahora, con excepción de Marruecos, á la influencia cristiana.

Adviértase que no hablamos de los adelantos del catolicismo en los países herejes (adelante tocaremos este punto), sino sólo de las misiones entre los gentiles.

El mismo Padre Forbes hablando de los progresos del catolicismo en el Imperio Turco, dice:

*"Todo parece demostrar que los ingleses están destinados á impulsar el gran movimiento religioso que se prepara y que la historia juzgará sagrado. (DU PAPER, p. 356, Edition 1884).*

"Cuando estas palabras salieron de la pluma de José De Maistre, parecieron increíbles. ¿Qué se diría si el gran escritor, precisando los detalles, hubiera anunciado lo que sigue:

"Dentro de algunos años, el imperio turco, tan largo tiempo el azote de Occidente, no será más que una gran ruina, de la que Europa, demasiado dividida para proceder á la partición, retardará, pero no conjurará, el derrumbamiento. Sobre esos inmensos dominios, serán conquistados los reinos independientes de Grecia, de Creta, de Rumanía, de Servia, de Bulgaria, lo mismo que el de Herzégovine, Bosnia y la isla de Chipre, en tanto que Egipto, Túnez y Argelia,

pasarán á los cristianos; y apenas libres del cáncer musulmán, todos estos hermosos países comenzarán á florecer y se cubrirán de iglesias. Turquía será reducida á 25.000,000 de habitantes en vez de 40.000,000, y el Mediterráneo llegará á ser un lago cristiano?" (17)

Francia tiene la gloria de ser la nación que envía más misioneros á los países de infieles. Los de todas nacionalidades que evangelizan el Asia, el Africa, la Oceanía, y parte de la América del Sur y del Norte, son 6,106 aproximadamente, y de ellos 4,500 franceses, es decir, 73.77 por ciento. (18)

Existe una sociedad francesa llamada de *Misiones Extranjeras*, fundada en el siglo XVII por el jesuita Alejandro Rhodes, que proporciona actualmente sola, 1,113 misioneros; institución santa, conquistadora día por día de millares de almas á la Iglesia, y eminentemente patriótica, porque ayuda á Francia eficazmente á mantener su influencia en los países orientales.

Siguen á los Padres de las misiones extranjeras, los Jesuitas, que en número de 800, ayudados por 460 sacerdotes indígenas, cristianizan Armenia, Siria, Las Indias, Ceylán, China, Egipto y Madagascar. (19)

Los Lazaristas, los Oblatos de María Inmaculada, muchísimas otras órdenes modernas y las antiguas, á quienes los años no envejecen, de San Benito, San Bruno, Santo Domingo, San Francisco, cultivan en todos los países infieles la buena semilla, ayudados por 35,000 monjas misioneras, desconocidas antes del siglo XIX, y de las que 30,000 son francesas (20)

Los españoles, por su parte, aunque mucho menos numerosos que los franceses, no olvidan que son hijos de San Francisco Javier, y levantan en Filipinas ricas cosechas, mientras que los italianos de la Orden Salesiana de Don Bosco, evangelizan las tribus nómadas de la Patagonia, que de seguro en el siglo XX, si un nuevo Carlos III no contiene á esos grandes apóstoles en sus conquistas, llegará á ser comarca enteramente cristiana. (21)

Y si las comunidades religiosas desapareciesen, como sucede en Francia, ¿qué sería de las Misiones, pues sólo el religioso puede ser misionero?

El insigne jesuita Du Lac, dice: "...cuántas veces el deseo de las Misiones, surgiendo en el espíritu de

un joven religioso, lo impele á escribir á sus superiores para ponerse á su inmediata disposición, y éstos le responden: "formáos en las virtudes sólidas."

"Las virtudes sólidas para él consisten en dormir en el dormitorio común, cuidar á sus discípulos en el paseo, jugar con ellos en sus juegos, y cuando está fatigado, no pudiendo hacer más, dedicarse á preparar un examen en el que no había pensado al principio, cuando entrara al noviciado. Las virtudes sólidas consisten en dar cinco horas diarias de clase, durante varios años consecutivos, á niños más ó menos desaplicados.

"En una palabra, para ser misionero, se requiere larga preparación religiosa, que la ley que nos amenaza va á suprimir. Al suprimirla, suprimirá muchas otras cosas también." (22)

No terminaremos estas ligerísimas pinceladas acerca de los que podemos llamar los grandes triunfos apostólicos de la Iglesia, sin mencionar un hecho conmovedor y profundamente significativo, pues revela la prodigiosa vitalidad de la religión católica. En donde florece alguna vez el árbol de la fe, podrá ser deshojado y marchito por el hierro y por el fuego; lo sepultará tal vez por muchos años el polvo del error ó la nieve de la indiferencia; pero una gota de agua ó un rayo de sol que lleguen hasta sus raíces eternamente vivas, le bastarán para recobrar la savia y el follaje.

"En 1862—dice Monseñor Baunard—Pío IX elevó á los altares 26 mártires japoneses; 3 jesuitas, 6 Franciscanos, 17 terciarios crucificados en Nagasaki en 1597. Esta gran fiesta fué la aurora de una resurrección. El 17 de Marzo de 1863, Monseñor Petitjean encontraba y reconocía, arrodillados al pie de los altares de los mártires, los últimos restos del Cristianismo proscrito hacía tres siglos. "Esta es *María-Sama*—decían los japoneses, mostrando al sacerdote la imagen de la Madre de Dios.—Este niño es *Jesous Sama*; vuestro corazón y el de nosotros, son el mismo corazón." La antigua Iglesia del Japón se volvía á encontrar, después de ciento ochenta años, en esos restos de fieles sin sacerdotes y sin altares." (23)

\*\*\*

La púrpura de la verdad es el martirio, y el dogma de la Inmaculada necesitaba esa vestidura real.

En 1857 Monseñor Sibour, el Arzobispo de París, era asesinado por un sacerdote á causa de su edicto en favor del dogma. El miserable asesino hirió el pecho del Prelado, gritando: "¡Mueran las diosas!" (24)

El siglo XIX está empapado en sangre de mártires. Las causas de los martirios varían, pero la fuerza sobrenatural de los que lo sufrieron, ¿no se deberá especialmente á la Madre de Dios que quiso corresponder al gran homenaje del mundo católico, dándole la virtud que más resplandeció en su Hijo, la del sufrimiento?

No mencionaremos todos los martirios del siglo XIX (sería tarea imposible) ni aun los principales siquiera, sino sólo los que se presenten de pronto á la memoria.

El 17 de Julio de 1834, fué día nefasto para España. La madre de Santo Domingo, de San Ignacio, de San Raimundo, vió en Madrid los conventos invadidos por los sicarios de las logias, y 16 Jesuitas, varios Dominicos, nueve Mercenarios, y hasta cincuenta Franciscos, fueron pasados á cuchillo.

Iguales escenas de horror se repitieron en Zaragoza y Barcelona, y el Ministro Martínez de la Rosa, jefe del gabinete entonces, confesó antes de morir que la franc-masonería fué la autora de esos atentados. (25)

Pero la sangre de los mártires es fecunda. Ahora los jesuitas en España son más numerosos que en ninguna otra parte, con excepción de Alemania tal vez, y están animados de tal celo y cultivan de tal modo la ciencia, que hacen esperar á su afligida patria en la renovación de los tiempos de San Ignacio, Lainez, Suárez y Salmerón.

Muchas órdenes religiosas cultivan la fe en el pueblo español y algunas novísimas de mujeres, que por ventura hemos conocido (Teresianas y Siervas de María, por ejemplo) han venido á ejercer en México su heroica caridad, ya enseñando al niño, ya curando al enfermo, y edificando á la sociedad entera con la solidez de sus virtudes.

En París, tres Arzobispos, uno tras de otro, (Affre en 48, Sibour en 57 y Darboy en 70), empaparon con sangre el suelo de la patria, asesinados infamemente por la causa de Dios. Al primero, cuando revestido de su traje episcopal, se presentó ante el pueblo en armas, como apóstol de paz y de perdón, y cuando ya las turbas á su augusta presencia deponían su feroz actitud, mano traidora lo asesinó á mansalva. Murió predicando, si no con la voz, con la presencia. ¡Qué hermosa muerte! (26)

Sibour derramó su generosa sangre al pie del altar de la misma María Inmaculada, y Darboy recibió la muerte de los sicarios de la Comuna al mismo tiempo que un grupo de heróicos jesuitas, con los brazos en cruz, los ojos en el cielo, y el perdón en el alma y en los labios. Ya veintinueve años antes de su martirio lo había profetizado, diciendo:

“¿Pero no deberemos, á ejemplo de los primeros cristianos, sufrir la muerte más bien que resistir al poder? He aquí mi contestación: Cada siglo tiene su carácter propio impreso en sus obras, y la humanidad, á causa de la libertad que posee, camina frecuentemente por diversos senderos. A cada manera de hacer el bien, corresponde una manera análoga de hacer el mal, y al contrario, y sucede así, porque en el mundo sensible, luchando el bien y el mal cuerpo á cuerpo, se ven precisados á descender á la misma liza. Por esto enfrente de la fuerza bruta aparece la resignación de los mártires, la herejía encuentra en su camino á los doctores, los siglos de oro y los placeres engendran los enamorados de la pobreza y los atletas de la penitencia. *Cuando, pues, se me pida entregue la cabeza en nombre de Jesucristo, espero de la gracia de Dios tener el valor de presentarla á los verdugos, uniendo las manos y rogando por ellos, como lo hacían mis mayores hace cincuenta años.* Si alguna vez se renovase la ardiente lucha entre la verdad y el error, nos colocaríamos en las filas de nuestros hermanos recitando enérgicamente el símbolo, y emplearíamos la sangre de nuestras venas en escribir todos los artículos de la fe católica.” (27)

Y ¡qué diremos de los mártires de las misiones!

Los heróicos sacerdotes y los no menos valientes neófitos, viven asechados constantemente por la traición,

la codicia y el espíritu de venganza; pasiones que no están moderadas por la civilización de los pueblos cristianos, sino que, cuando el miedo no las refrena, se desatan en todo género de desafueros.

Así cuando la influencia de la potencia protectora cesa por alguna causa, cuando el orden se turba por la guerra internacional ó civil; cuando el odio al cristiano se recrudece, lo que sucederá hasta por motivos supersticiosos ó fútiles, (28) sobre la pequeña grey cristiana se desata el huracán de la persecución.

En todo el siglo XIX, 119 misioneros sacerdotes sellaron con su sangre la verdad evangélica, y de ellos 95 fueron franceses (29) lo que debe hacer esperar al país de la Propagación de la Fe (30) y de la Santa Infancia (31) que la tempestad que ahora se desencadena contra las órdenes religiosas, como ráfaga del infierno, no ha de desarraigarlas, sino momentáneamente, del suelo francés.

Es imposible aquí callar un nombre eternamente ilustre, el del P. Damián Deveuster, el apóstol de los leprosos, que contagiado por el terrible mal, murió predicando á sus desgraciados feligreses, con la palabra y el ejemplo, la conformidad con la santa voluntad de Dios.

Y ¿qué diremos de las religiosas misioneras, creación exclusiva del siglo XIX y eterna gloria suya?

A Luis Felipe se le preguntaba, aludiéndose á la colonizadora de la Guayana Francesa, á la enérgica y varonil Sor Javouhey, “¿qué piensa S. M. de esa mujer?” “Pienso—contestó el monarca—que es un grande hombre.” (32)

En el tormento todas esas hembras, muchas bellas, jóvenes, delicadas, son esforzadísimos héroes. Y el martirio de algunas, cosa que acaece también entre los misioneros, pero más en las religiosas, consiste en su género de vida repugnantísimo para cierta clase de temperamentos refinados, en el incomparable sacrificio, mayor por lo común que el del hombre, al relegarse al destierro rompiendo los lazos de la familia y de la sociedad, en el mayor esfuerzo moral y nervioso con que tienen que fortalecer su físico endeble, para arrostrar la amenaza eterna del salvaje, lo mismo que el horror de las batallas.

“Cuando la viruela asolaba la Martinica—dice el P. Du Lac—un gran personaje entró á visitar el hospital de los apestados. Apenas entró en la primera sala de enfermos, sofocóse al insoportable olor que éstos despedían. “Hermana—dijo á la religiosa que vivía de día y de noche en aquella atmósfera pestilente,— ¿qué preservativo usáis?” Sin pronunciar una sola palabra, la monja le mostró un crucifijo. “Bien—replicó el visitante—cuando muráis, si Dios quiere enviaros al purgatorio, recordadle que habéis curado la viruela en la tierra” . . . y salió.

“Cuando la Superiora de la Guadalupe, la hermana Adelaida, murió en 1870, tenía tres medallas de oro sobre su sarcófago. También la cruz de honor pudiera haberse encontrado allí; pero cuando se la habían ofrecido, la buena hermana la rehusó diciendo con una sonrisa: “No quiero en esta tierra más cruz que la de mi rosario.” (33)

En la preciosa revista católica, *Les Conférences*, se publicó un discurso del insigne director de *La Croix*, Mr. de Bouvattier, que elocuentemente exclamaba:

“¿Habrà quien no se sienta lleno de admiración al ver la hoja de servicios de Sor María Teresa, Superiora de las Hermanas de la Caridad de Tonkin? El Gobernador de Indo-China, al entregar en 1889 á la heroica religiosa la cruz de la Legión de honor, le dirigió la siguiente alocución ante las tropas formadas en cuadro:

“Sor María Teresa, apenas contabais 25 años, y ya habíais sido herida en Balaklava (campana de Crimea), en los momentos en que prodigábais vuestros cuidados á los heridos! Desde entonces, habéis curado á nuestros soldados en Siria, en China y en México!

“En el campo de batalla de Reichshoffen, habéis sido levantada gravemente herida en medio de millares de cadáveres de nuestros coraceros. Más tarde, habiendo caído una bomba en la ambulancia confiada á vuestra guarda, la cogísteis, y transportándola á 80 metros del lugar, estalló, derribándoos por tierra é hiriéndoos cruelmente. Apenas curada, respondísteis al llamamiento que se os hizo para venir á Tonkin!

“En nombre del pueblo y del ejército franceses, os

entrego esta cruz de honor; nadie tiene más glorioso título para recibir esta recompensa, porque nadie como vos ha arriesgado su existencia y su vida en el servicio de la Patria.”

“En nombre del pueblo francés se las condecora; ¿en nombre de quién, pues, se las arroja de Francia?” (34)

La obra de las misiones no es sólo del Clero, es del pueblo también. La Propagación de la Fe, la Santa Infancia, son sociedades que recogen el óbolo de la viuda, la economía muchas veces heroica del pobre, y la limosna ingenua y graciosa del niño, santas primicias de la labor del bien.

En México existen, por desgracia, todavía masas gentiles y semi-cristianas que están reclamando la presencia del misionero y de la religiosa. Las vocaciones abundan en el país; la generosidad de nuestro pueblo es proverbial, ¿qué falta para que organicemos entre nosotros una Santa Infancia, una Propagación de la Fe, á fin de fundar misiones estables y firmes en la Tarahumara, en el Yaqui, en Yucatán, en nuestras costas y regiones calientes? Quizá falta sólo la voz de un Prelado, un periódico que se consagre con inteligencia y constancia á tan noble fin, un sacerdote que dedique su vida entera á la santa empresa, un alma generosa que se desprenda de sus bienes terrenos para asegurar con su salvación propia la de millares de sus hermanos.

Los católicos de los Estados Unidos tan ricos y munificentes, y hasta muchos protestantes compatriotas suyos, no dejarían de cooperar á una empresa favorable de consuno al cristianismo y á la civilización.

¡Que la Inmaculada Virgen se apiade de la situación de la parte gentil de nuestro pueblo! No tenemos en estos tiempos sangre de mártires que presentarle en holocausto, pero no hay corazón mexicano que no conserve su amor, aunque sea en sus más escondidos pliegues. No tenemos mártires, pero si la fe es deudora del martirio, (*fides debitorum martirii*, dijo Tertuliano) la Santa Virgen sabe que miles y miles de sus hijos de México estarían prontos á satisfacer esa deuda sangrienta.